

TEJIENDO UN NUEVO IMAGINARIO: LA POLÍTICA Y EL MUSEO DE LA MEMORIA Y LOS DERECHOS HUMANOS EN EL 50 ANIVERSARIO DEL GOLPE DE ESTADO MILITAR EN CHILE*

WEAVING A NEW IMAGINARY: THE POLITICS OF THE MUSEUM OF MEMORY AND HUMAN RIGHTS ON THE 50TH ANNIVERSARY OF THE CHILEAN MILITARY COUP D'ETAT

KATHERINE HITE**

RESUMEN: Este ensayo analiza la evolución y el rol del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos (MMDH) en los debates sobre la política de la memoria, y en la pedagogía, en el contexto de los 50 años del golpe de Estado chileno. También explora el MMDH en perspectiva comparada, con los casos de la Ex Escuela Mecánica de la Armada de Argentina y el Legacy Museum de los Estados Unidos. El ensayo sugiere que ha llegado el momento de expandir la narrativa básica del MMDH, tanto en términos de su marco temporal/cronología, como de su conceptualización de los derechos humanos, para incluir los derechos sociales y culturales.

PALABRAS CLAVE: política de la memoria, museos de memoria, Chile, redemocratización, pedagogía de los derechos humanos

ABSTRACT: This essay analyzes the evolution and role of Chile's Museum of Memory and Human Rights (MMDH) in the debates regarding the politics of memory and in pedagogy, in the context of the 50th anniversary of the Chilean military coup d'état. It also explores the MMDH in comparative perspective, using the cases of the Ex-Navy Mechanics School of Argentina and the Legacy Museum of the United States. The essay suggests that the moment has arrived to expand the MMDH's basic narrative, both in terms of its temporal frame and chronology, and its conceptualization of human rights, to include social and cultural rights.

KEYWORDS: memory politics, museums of memory, Chile, re-democratization, human rights pedagogy

* Mis agradecimientos a Manuela Badilla por la traducción al castellano de este ensayo.

** Profesora de la Cátedra Frederick Ferris Thompson en Ciencias Políticas de Vassar College en Poughkeepsie, New York. Doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad de Columbia. Es autora de *Politics and the Art of Commemoration: Memorials to Struggle in Latin America and Spain* (Routledge 2012; versión española Mandrágora Ediciones y el Museo de la Memoria 2013), y *When the Romance Ended: Leaders of the Chilean Left, 1968-1998* (Columbia 2000), y co-editora con Cath Collins y Alfredo Joignant de *Política de la Memoria en Chile: De Pinochet a Bachelet* (Santiago de Chile: Universidad Diego Portales/Catalonia, 2014). Hoy investiga la política de la memoria estadounidense en relación a las Américas, enfocándose en el estado de Texas, donde creció. Correo electrónico: kahite@vassar.edu

EN ENERO DE 2023, volví al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Chile (MMDH), una institución que admiro y que he visitado muchas veces desde su inauguración trece años atrás. Para comenzar esta visita, Daniela Aburto, una mediadora del MMDH, de 29 años, me condujo hasta la imagen de un rostro. Se trataba de un tapiz bordado, grande y sencillo de un retrato de Esther Cabrera, de 22 años, que nos miraba fijamente, tranquila, segura. Hasta entonces no sabía quién era. Daniela me explicó que Esther era una militante revolucionaria que estaba embarazada cuando fue ejecutada en 1987 por las fuerzas represivas de la dictadura¹. El tapiz es obra de las Bordadoras por la Memoria, un colectivo feminista y multigeneracional de izquierdas que se dedica a bordar, al que Daniela admira mucho.

El MMDH eligió instalar el rostro de Esther durante el mes de enero en la gran sala abierta de la zona de bienvenida, escondido en una esquina, mirando hacia fuera. Esther, revolucionaria y víctima a la vez, ha permanecido conmigo como recordatorio del tipo de debates que sin duda resurgirán si el Museo amplía su narrativa permanente hacia una memoria más exhaustiva del pasado de Chile en relación con el presente. Más allá de la cronología de la dictadura 1973-1990 que ha constituido la narrativa de la exposición del MMDH desde su apertura, la ampliación de la narrativa también podría incluir una cronología permanente de los intensos y conflictivos años de democracia, que llegaron a un brutal final en 1973, así como lo que es esencialmente una transición en curso desde el final de la dictadura en 1990. Para mí, cincuenta años después del golpe militar chileno, ha llegado el momento de un relato más completo.

En las últimas décadas, el mundo ha sido testigo de la importante y creciente popularidad de la memoria cultural y de la necesidad de afrontar nuestros pasados violentos como fuerza política y social. Desde la década de 1980, ha surgido un número extraordinario de proyectos de memoria, como monumentos conmemorativos, museos de la memoria y proyectos artísticos. Los movimientos sociales se han movilizado tanto para eliminar los símbolos tradicionales que conmemoran pasados colonialistas y racistas violentos, como para insistir e instalar nuevos símbolos. La memoria-

¹ Esther Angélica Cabrera Hinojosa era militante del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), un grupo de resistencia armada que en 1986 protagonizó un atentado fallido contra el general Augusto Pinochet. La Operación Albania fue la venganza de los militares por aquel atentado, y la CNI capturó y ejecutó a doce miembros del FPMR, entre ellos Esther. En 2005, la justicia chilena condenó a 15 de los 26 exagentes de la CNI procesados por la Operación Albania, y el jefe de la operación fue condenado a cadena perpetua. Ver más en <https://memoriaviva.com/nuevaweb/ejecutados-politicos/ejecutados-politicos-c/cabrera-hinojosa-esther-angelica/>.

lización ha surgido en diferentes contextos alrededor del mundo porque se ha entendido como una vía para avanzar en la defensa de los derechos humanos (Hamber et al., 2010). Los museos de la memoria proporcionan un reconocimiento institucional de que la gran violencia política y las violaciones sistémicas de los derechos humanos del pasado no pueden desaparecer, como tantas víctimas, por muy lejano que sea ese pasado y por mucho que algunos deseen enterrar la verdad (Sodaro, 2018). La sociedad civil también ha llegado a reconocer cada vez más que los pasados violentos resuenan en el presente.

En varios países, las instituciones educativas nacionales han llegado a depender o necesitar a los museos de la memoria patrocinados por el Estado para realizar la labor pedagógica que expone a los jóvenes a la historia del terrorismo de Estado al tiempo que los introduce en los principios de los derechos humanos. En ocasiones, esto significa establecer conexiones entre las violaciones de los derechos humanos del pasado y la actual situación de marginación y violencia estructural que viven los ciudadanos de estos países, incluidos los trabajadores pobres, las mujeres, los grupos indígenas, las poblaciones inmigrantes y las poblaciones afrodescendientes. Muchos museos, como el de Chile, centran sus relatos en los derechos civiles y políticos, pero las cuestiones relativas a los derechos sociales y culturales también emergen de muchas maneras, principalmente a través de exposiciones temporales y programas culturales permanentes, como talleres y performances (véase el sitio web del MMDH).

Los discursos sobre los derechos humanos y la memoria nunca están separados de la política. Los principales sitios de memoria de todo el mundo suelen operar en contextos políticos y sociales volátiles, y en países en los que no existe un consenso subyacente sobre cómo entender y afrontar el pasado violento y traumático, así como sus significados para el presente. Los debates nacionales sobre las violaciones sistemáticas de los derechos humanos en el pasado y sus secuelas se dan prácticamente siempre en clave política, siempre impregnados de ideología. Los museos de la memoria están inmersos en estas controversiales dinámicas, y el MMDH de Chile, que se ha convertido en una institución nacional, es tanto un actor como un objetivo de estas controversias. Por otro parte, la institucionalización de estos grandes museos puede conllevar también una resistencia al cambio, en gran medida por razones burocráticas internas que pueden no ser únicamente producto de la política nacional.

En este ensayo, examinaré comparativamente el lugar del MMDH en las políticas de memoria desde su inauguración en 2010. En primer lugar,

discutiré los amplios contornos de la gobernanza post-dictatorial chilena en relación a la memoria desde la década de 1990 hasta entrado el siglo XXI, tanto antes de la creación del museo como en la evolución de este a lo largo del tiempo. Esto ayudará a sentar las bases para comprender la narrativa básica del museo, incluido su marco temporal. También analizaré brevemente los distintos marcos temporales de otros dos grandes museos institucionalizados de la memoria: La Ex-Escuela de Mecánica de la Armada de Argentina (Ex-ESMA), una institución patrocinada por el Estado, y el Legacy Museum de Estados Unidos, que no está patrocinado por el Estado. Ambos museos cuentan con relatos más extensos sobre el terrorismo con complicidad del Estado, imbuidos en debates políticos nacionales bastante diferentes sobre las atrocidades del pasado y su relación con el presente. Los tres museos son lugares que respeto profundamente y que he visitado a menudo. Por último, argumentaré que hoy en día, como institución bien fundamentada que educa a las nuevas generaciones, el MMDH chileno debe considerar una narrativa permanente con más matices y más expansiva que reconozca la fragilidad de la democracia, la oscuridad de la dictadura y la importancia de una imaginación más robusta de los derechos humanos.

LA LARGA TRANSICIÓN CHILENA DESDE EL RÉGIMEN DE PINOCHET

El MMDH es un proyecto que surge de una iniciativa de la expresidenta chilena Michelle Bachelet, entonces líder de la alianza de partidos políticos de centro-izquierda Concertación, concretada durante el último año de su primer mandato (2006-2010) (Opotow, 2015; Kornbluh y Hite, 2010). Por lo tanto, es importante entender el Museo en relación con las tensiones y la desconexión de la clase política chilena hacia la ciudadanía, tanto de la derecha chilena, como del interior de la Concertación, coalición que gobernó el país durante veinte años consecutivos (1990-2010). Existe una amplia literatura sobre el proceso de redemocratización de Chile, incluyendo análisis sobre la cautelosa aproximación de la coalición gobernante de los noventa sobre las formas de confrontar el pasado dictatorial (Drake y Jaksic, 1999; Menéndez-Carrión y Joignant, 1999; Hite, 2000; Roberts, 1998). La dictadura de diecisiete años había conseguido transformar el Estado chileno: desde la desregulación de la economía y la concesión de una autoridad desmesurada al mercado y al ejército, hasta la creación de instituciones

educativas con fines lucrativos, la privatización de los sistemas de salud y de pensiones, y el fin de lo que había sido previo al golpe de Estado una política cada vez más democrática de inclusión social (Hite y Morlino, 2004, pp. 51-9; Valenzuela, 1979). La Constitución de 1980 consagró formalmente un orden neoliberal (Heiss, 2020, 2015). Además, el régimen estableció las reglas básicas para una transición gradual hacia una “democracia protegida” (Siavelis, 2000).

Si bien el dictador General Augusto Pinochet perdió el plebiscito organizado por su propio régimen en 1988, que habría supuesto su permanencia en el poder durante otros ocho años, obtuvo un considerable 43% de los votos y la Constitución garantizó su permanencia como comandante en jefe del ejército. En 1989, con la primera elección presidencial del demócrata cristiano Patricio Aylwin y la victoria de la Concertación, varias autoridades del régimen autoritario, tanto militares como civiles, pasaron al Congreso chileno como representantes electos y como senadores vitalicios designados, por la Constitución. La correlación de fuerzas resultó muy favorable para la saliente dictadura y sus aliados, y el gobierno de transición de los años noventa adoptó un conjunto de políticas limitadas en ámbitos como la verdad y las demandas por reparación (Lira y Loveman, 1999).

Durante los primeros años de transición, los juicios a los violadores de los derechos humanos fueron considerados un objetivo más allá de los límites de la alianza gobernante, y por lo tanto, dejados en manos de un poder judicial chileno que en gran medida estaba aún en manos de quienes habían apoyado la dictadura. El recelo ante la poderosa derecha chilena y los militares, acentuado en ocasiones por expresivas reacciones en los cuarteles ante cualquier signo de amenaza a su poder, resultó eficaz para disuadir a los líderes políticos gobernantes de realizar esfuerzos más contundentes en materia de derechos humanos. Esto se extendió al hecho de no promover el debate público del informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación, mandatado por el nuevo gobierno en 1991, cuyo alcance también fue limitado. Las organizaciones de derechos humanos y sus aliados presionaron constantemente para que se tomaran rotundas medidas contra los perpetradores del pasado y persiguieron vehementemente la transparencia, el reconocimiento y la justicia en los tribunales. A lo largo de la década de los 90, los líderes de la Concertación trataron de asegurar su control y demostrar que podían gobernar bien. Para la élite política, esto significaba un crecimiento económico continuado, restando importancia a la profundización de la democracia y los derechos humanos (Hite, 2021; Roberts, 1998).

La verdadera prueba llegó a finales del siglo XX con la sorprendente detención de Pinochet en Londres en 1998. El gobierno de la Concertación, del entonces presidente Eduardo Frei Ruiz Tagle, logró convencer a los británicos de que Pinochet debía ser devuelto a Chile por razones humanitarias en lugar de enfrentarse a una posible condena en Europa (Kornbluh, 2003, pp. 457-63). En marzo de 2000, cuando comenzó el tercer gobierno de la Concertación, esta vez bajo la presidencia de Ricardo Lagos (2000-2006), Pinochet regresó a Chile. Entre tanto, a mediados de 1998, pocos meses antes de la detención de Pinochet en Londres, un tribunal superior chileno designó al juez Juan Guzmán para investigar las docenas de acusaciones contra Pinochet presentadas por abogados de víctimas de los derechos humanos. A principios de la primera década del siglo XXI, Guzmán y un grupo de jueces chilenos que trabajaban en distintos casos de violaciones de derechos humanos habían responsabilizado legalmente a Pinochet y a otros oficiales militares del destino de los hombres y mujeres desaparecidos en Chile. Argumentaron que, dado que los cuerpos seguían desaparecidos, los crímenes constituían un secuestro continuado y, por tanto, quedaban fuera del ámbito de la autoamnistía militar de 1978 (Collins, 2010). Guzmán acusó a Pinochet de secuestro y, posteriormente, de autoría de otros crímenes contra los derechos humanos, despojando al exdictador de su inmunidad judicial. Una vez más, por razones humanitarias, Pinochet nunca fue juzgado. No obstante, junto con las nuevas aperturas y procesamientos de derechos humanos por parte del poder judicial, en este periodo los medios de comunicación dieron mayor atención a las víctimas de derechos humanos, y el gobierno de Lagos mandató una nueva comisión de la verdad, esta vez centrada en el delito sistemático de tortura (Perotín, 2005).

Antes de que el gobierno de Bachelet creara el MMDH, una coalición de organizaciones de derechos humanos había propuesto una Casa de la Memoria para albergar la vasta colección de materiales y archivos y contar la historia de la lucha chilena por los derechos humanos. Fue una sorpresa para los grupos cuando, en 2009, Bachelet anunció públicamente la propuesta para el MMDH. Se esperaba que las organizaciones de derechos humanos entregaran su trabajo a un personal designado por el Ejecutivo, y no tendrían voz real en el proceso de diseño o exposición (Hite y Collins, 2009). Llevaría tiempo reparar el aislamiento inicial del MMDH de muchos de los protagonistas chilenos en la lucha por los derechos humanos y la memoria.

Esta breve síntesis podría implicar un progreso lento pero constante en lo que, por el contrario, ha sido un proceso irregular y vacilante de confrontación de las violaciones de los derechos humanos de la dictadura y sus legados (Wilde, 1999). De hecho, diría que los avances en esta materia se produjeron a pesar de la clase política chilena, no gracias a ella. La política de la memoria resultó riesgosa para los políticos chilenos, muchos de los cuales poseían sus propios recuerdos traumáticos de represión y pérdida, incluida la pérdida del control político y los diecisiete años de dictadura que siguieron.

LA POLÍTICA DE LOS MARCOS TEMPORALES

Volver al museo que se preparaba para conmemorar el 50 aniversario del golpe militar, me evocó una innegable familiaridad. Físicamente, el MMDH se mantiene en gran medida sin cambios, su cronología básica de los acontecimientos y las exposiciones que fundamentan la narrativa de 1973-1990 son principalmente las mismas. El mensaje: nada justifica la absoluta brutalidad y destrucción del golpe de Estado militar del 11 de septiembre de 1973, los asesinatos y desapariciones de más de tres mil seres humanos, las detenciones y torturas de decenas de miles a lo largo de los años, el éxodo de cientos de miles y la institucionalización de un régimen que sistemáticamente cercenó o negó los derechos civiles y políticos de los chilenos. Es un museo que se centra en las víctimas de las violaciones de los derechos humanos y que celebra el final de la dictadura, hacia un futuro democrático más brillante. A lo largo de los trece años de existencia del Museo, esta narrativa básica no ha cambiado. En muchos sentidos, el cauto discurso del MMDH refleja el de los primeros veinte años del propio gobierno de la Concertación.

La decisión del MMDH de iniciar su narrativa con el golpe de 1973 fue un intento de responder a los poderosos partidarios de derecha de la dictadura, desautorizando cualquier justificación del golpe. La derecha ha argumentado que desde mediados de la década de los 60, la nueva izquierda revolucionaria se convirtió en una peligrosa amenaza para la democracia y la libertad, y que la administración socialista de 1970-73 del presidente Salvador Allende y la Unidad Popular, su coalición de gobierno, provocaron el caos y la violencia que hicieron necesario el derrocamiento militar. Diría que la decisión del Museo fue también una crítica suave al informe

de la Comisión Verdad y Reconciliación de 1991, que comenzaba su relato histórico de las atroces violaciones de los derechos humanos en Chile con el surgimiento en 1965 del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR), un grupo revolucionario de ultraizquierda. El Museo optó por no entrar de ninguna forma en el debate sobre los años anteriores a 1973 en su curaduría. Sin embargo, centrar la narrativa en los años 1973-1990 y en la pérdida y recuperación final de los derechos civiles y políticos ha facilitado sistemáticamente el ataque de la derecha al Museo por su falta de contexto (Hite y Badilla, 2019).

Aunque la narrativa permanente permanece prácticamente inalterada, Daniela Aburto señaló algunas revisiones importantes que se han producido o se están produciendo desde que ella entró a trabajar en el MMDH dos años atrás. Daniela es una de las *mediadoras* del Museo, término que en sí mismo refleja un cambio reciente respecto al de *guías* que se utilizaba previamente. Este cambio indica la intención del Museo de facilitar el diálogo entre los visitantes, en lugar de ofrecerles un monólogo preparado y uniforme. Daniela es Licenciada en Traducción y bilingüe en inglés y portugués. Llegó al Museo como activista feminista, y me mostró dónde había cambiado el Museo los prejuicios de género en los textos y las exposiciones.

La familia de Daniela también ha vivido con el traumático legado del encarcelamiento político de su abuelo durante la dictadura. Compartió conmigo cómo había llegado a entender su papel como educadora y facilitadora en el Museo, en una sociedad que, después de todos estos años, sigue mostrándose en gran medida reticente a hablar del pasado reciente:

Hablar de la dictadura es tabú, todavía... Ya no se trata del miedo a hablar de lo que pasó bajo la dictadura, sino de la tristeza o la vergüenza o el trauma dentro de nuestras familias, muchas, muchas familias. A menudo los visitantes vienen al museo y lo usan como confesionario, encuentran el espacio para decir quiénes son, lloran al final. (Aburto, 2023)

Cuando el MMDH se abrió al público por primera vez, los visitantes eran principalmente activistas políticos, de derechos humanos y extranjeros. Esto ha cambiado enormemente, al igual que el número de visitantes. En 2011, los visitantes sumaban aproximadamente 100.000, pero en 2018, antes de la crisis por la pandemia del covid-19, el Museo había crecido hasta recibir 25.000 visitantes al mes, más del 60% de los cuales son chilenos, principalmente de escuelas y universidades públicas (MMDH, 2019, pp. 5, 13, 23). El Museo se encuentra muy cerca de las zonas menos acomodadas

de la ciudad de Santiago y es frecuentado por amplios sectores de la población (MMDH, 2018), incluyendo familias de clase trabajadora. El número de visitantes y grupos escolares está volviendo claramente a los niveles anteriores a la pandemia.

Muchos visitantes no solicitan guías, pero los voluntarios y los mediadores del personal conducen a cientos de visitantes por el MMDH cada semana. Junto con Cinthia Vargas, miembro del personal de Educación del Museo, 8-10 compañeros mediadores y otros miembros del personal, Daniela ha trabajado constantemente para idear enfoques eficaces dirigidos a distintos tipos de grupos: de distintas edades escolares y de distintos sectores de la sociedad. Para los estudiantes de secundaria, los mediadores intentan explicar conceptos como el autoritarismo utilizando las experiencias de la vida cotidiana de los jóvenes: en sus familias, en la escuela. Cuando los estudiantes dudan a la hora de expresar sus opiniones durante las visitas, Daniela les afirma, provocadora, que esa vacilación es en sí misma un producto de la dictadura.

Además, los mediadores comprueban a menudo que el enorme aumento de jóvenes inmigrantes, procedentes sobre todo de Venezuela, Colombia y Haití, facilita los debates de los grupos escolares sobre los derechos humanos. Hoy al comienzo de la exposición cuelga del techo un cartel con la pregunta: “¿Cómo se vinculan mis memorias con las dictaduras?”. Los jóvenes inmigrantes demuestran ser más conscientes que sus pares chilenos de las violaciones a los derechos, lo que los mediadores aprovechan para abrir nuevas formas de comunicación entre los compañeros de clase, quizás ayudando también a contrarrestar la extendida xenofobia en la sociedad chilena.

El MMDH es, por lo tanto, un participante central en el conocimiento de los jóvenes sobre los derechos humanos y las atrocidades del pasado en Chile. Los estudios demuestran que sitios como el MMDH influyen de forma importante en las perspectivas de los jóvenes, sensibilizándolos y abriendo conversaciones tanto entre ellos como en sus casas (Balcells et al., 2021; Hamber et al., 2010; Jelin, 2007). En un reciente y original estudio sobre los estudiantes universitarios chilenos que visitaron el MMDH, las investigadoras Laía Balcells, Valeria Palanza y Elsa Voytas (2021) descubrieron que los estudiantes “muestran un mayor apoyo a las instituciones democráticas, son más propensos a rechazar las instituciones asociadas con el período represivo y apoyan más la política de transición restauradora después de sus visitas, independientemente de sus antecedentes ideológicos” (p. 496). Esto indicaría que, a pesar de las formas en que se politizan

los recuerdos, el MMDH tiene un efecto palpable en la comprensión que tienen los jóvenes de las atrocidades del pasado y de la importancia de la protección de los derechos humanos.

Como profesora que ha llevado al Museo a estudiantes universitarios estadounidenses y chilenos, he sido testigo de cómo los jóvenes a menudo se identifican con las imágenes y los relatos de jóvenes de generaciones anteriores a las suyas (Hite, 2016). Sin embargo, la demografía actual y los discursos de la juventud chilena han cambiado considerablemente, y los estudiantes se sienten visiblemente atraídos por las exposiciones temporales que tratan temas sociales actuales de género, raza, inmigración y más. La narrativa permanente del MMDH se vería beneficiada si incluyera los derechos humanos y la memoria en el aquí y ahora, con imágenes y textos que representen mejor la diversidad étnica y racial entre los jóvenes a los que el Museo busca inquietar.

TEMPORALIDADES EN PERSPECTIVA COMPARADA: LA EX-ESMA

Para ilustrar cómo las correlaciones de fuerzas nacionales en los procesos de transición desde regímenes militares influyen en los museos de la memoria patrocinados por el Estado, la Ex Escuela de Mecánica de la Armada, el mayor lugar histórico de terrorismo de Estado de Argentina, constituye una comparación útil. A diferencia del MMDH, la Ex-ESMA es un sitio “sagrado”: durante la dictadura de 1976-83, la escuela naval fue un nodo central de planificación e inteligencia militar (Franco y Feld, 2022). Aproximadamente 5.000 ciudadanos argentinos fueron detenidos allí, y de ellos, apenas 300 hombres y mujeres sobrevivieron. En 2005, tras una prolongada lucha de veinte años de los grupos de derechos humanos argentinos para asegurar la Ex-ESMA como sitio de conciencia histórica, las organizaciones lograron este derecho.

Como en Chile, el proceso argentino de confrontar las atrocidades del pasado y sus secuelas ha sido largo e irregular, sujeto a las fuerzas políticas a cargo del Estado. Sin embargo, a diferencia de Chile, los militares argentinos dejaron la dictadura como una institución fallida. Además de su responsabilidad en la violación sistemática de los derechos humanos, los militares fueron malos gestores de la economía, y atacaron y luego sufrieron la derrota de los británicos en la efímera pero mortífera guerra de las Malvinas/Falklands. La correlación de fuerzas en el momento de la transición era, pues, desfavorable a los militares. Al comienzo de los años post dic-

tatoriales, el presidente elegido popularmente Raúl Alfonsín (1983-1989) estableció una comisión de la verdad de gran alcance e instruyó al poder judicial para que juzgara a los antiguos dirigentes militares. Argentina se convirtió en el primer país del mundo en llevar a cabo estos juicios por sí misma, en ausencia de una ocupación externa, como ocurrió con el emblemático caso de los juicios de Nuremberg. Discursivamente, los defensores argentinos de los derechos humanos ganaron la batalla para definir el gobierno de la última dictadura como uno donde se ejerció terrorismo de Estado. A pesar de las numerosas crisis económicas y políticas posteriores a 1983, los argentinos no expresan su deseo de volver al régimen militar.

Sin embargo, la comunidad argentina de derechos humanos sufrió muchos reveses (Crenzel, 2014; Feld y Franco, 2015). Las nuevas leyes de Alfonsín pusieron fin a las investigaciones judiciales, y el presidente Carlos Menem (1989-1999) indultó a la junta militar, marcando un nuevo y abrupto capítulo en las relaciones cívico-militares con respecto a las atrocidades del pasado. Menem instaló prácticamente una década y media de obstáculos desde el poder ejecutivo a la justicia y a la rendición de cuentas. Esto incluyó la negativa a acceder a las demandas de los grupos de derechos humanos por la recuperación de la ESMA. Tendría que llegar el presidente Néstor Kirchner (2003-2007), sucedido por su esposa Cristina Fernández de Kirchner (2007-2015), para asegurar el espacio estatal para el desarrollo de un conjunto robusto de avances. El epítome de éstos fueron los “megajuicios”, que llevaron a juicio a cerca de 100 oficiales y a un puñado de civiles por sus crímenes contra los derechos humanos, cometidos principalmente en la ESMA, así como en otros lugares. Los últimos veredictos de los tres megajuicios de la Ex-ESMA se dieron a conocer en noviembre de 2017 (Centro de Estudios Legales y Sociales, 2017).

En la actualidad, la Ex ESMA es una vasta extensión que abarca los edificios y oficinas de más de dos docenas de organizaciones de derechos humanos, así como un gran centro cultural, un archivo nacional de derechos humanos, e hitos conmemorativos y obras de arte por todo el recinto. Además, hay un importante museo en el antiguo Casino, antiguo comedor y residencia de oficiales de la ESMA, que fue en su momento el centro de la mayoría de los atroces crímenes contra los derechos humanos cometidos en el recinto. Formalmente es una entidad pública gestionada por representantes del gobierno federal, la Ciudad de Buenos Aires y las organizaciones de derechos humanos. Al igual que el MMDH de Chile, la narrativa del museo de la Ex-ESMA de Argentina se centra principalmente en la crueldad sistemática de la dictadura y la flagrante violación de los derechos ci-

viles y políticos. Sin embargo, a diferencia del museo chileno, la cronología del Ex-ESMA sitúa la dictadura de 1976-83 tanto en la volatilidad de la política argentina del siglo XX, como en la Guerra Fría, en la que policías y militares argentinos recibieron formación francesa y estadounidense en contraespionaje y tortura. La narración termina con una dramática exhibición de los más de 70 ex funcionarios condenados por sus crímenes contra los derechos humanos en el lugar.

Como dramático contraste con la naturaleza aislada del proceso de planificación del MMDH, los planes para el antiguo museo de la ESMA produjeron todo tipo de debates abiertos, tanto organizados como informales, entre y dentro de los grupos de derechos humanos, políticos y entre activistas políticos, académicos, periodistas y otros. Desde 2007 hasta la actualidad, el antiguo Casino adoptó dos enfoques narrativos distintos: Durante los primeros años, la antigua ESMA no gestionó el lugar como un museo, sino como un espacio que no había sufrido apenas cambios con respecto al modo en que lo dejó la Marina, vacío e inquietante. Muchos se mostraban escépticos ante la “museificación” de un espacio de tal brutalidad y pérdida, y muchos sobrevivientes de la ESMA compartían esta preocupación. Sólo se permitía la visita con cita previa, y los visitantes debían entrar en el espacio con un guía que narraba la historia y las atrocidades cometidas en el espacio (Hite, 2013). Una década más tarde, nuevamente tras un gran debate tanto interno como público, un comité decidió transformar el Casino en el actual museo.

Al igual que el MMDH, los grupos escolares representan el mayor número de visitas al museo Ex-ESMA, que registró cerca de 70.000 visitantes en 2019, fácilmente la cifra más alta hasta la fecha, incluso cuando las cifras aumentaron constantemente de año en año antes de la pandemia. De los 70.000, el 49% fueron grupos escolares y la otra mitad particulares y otro tipo de grupos. Casi tres cuartas partes de los grupos escolares son estudiantes de secundaria, mientras que el resto son grupos de estudiantes universitarios (Museo Sitio de Memoria ESMA, 2019, pp. 14-18).

DESAFIANDO LA NARRATIVA DOMINANTE DEL ESTADO: EL *LEGACY MUSEUM*

En Estados Unidos, los discursos de derechos humanos relacionados con la memoria cultural estadounidense estaban hasta hace poco bastante ausentes. La noción excepcionalista que señala que las violaciones a los de-

rechos humanos ocurren en otros lugares, y la ausencia de un discurso de derechos humanos centrado en las violaciones sistemáticas cometidas por Estados Unidos y en el terrorismo patrocinado por el Estado tanto en el extranjero como dentro del país, es de larga data.

Esto no significa que no exista un debate público sobre la relación entre las atrocidades de la violencia racista, colonialista e imperialista del pasado y del presente cometidas por Estados Unidos. Sin embargo, hasta ahora, estas luchas rara vez han formado parte de las principales instituciones dedicadas a la memoria. Hoy en día, el movimiento *Black Lives Matter* (Las vidas negras importan), acompañado de periodistas, académicos, escritores y abogados comprometidos, ha cambiado esta situación, instando a un reconocimiento de las violaciones de los derechos humanos incrustadas en los símbolos de la supremacía blanca y apoyando nuevos monumentos e instituciones, incluidos nuevos planes de estudios de historia para las escuelas públicas y nuevos museos de la memoria. Por supuesto, esto también está produciendo una importante reacción conservadora racista y xenófoba, encarnada en nuestras llamadas guerras culturales, algo a lo que Chile no es ajeno.

La inauguración en 2018 del *Legacy Museum* y el *National Memorial for Peace and Justice* en Montgomery (Alabama) es un proyecto radical para Estados Unidos. En la década de 1960, los activistas por los derechos civiles y el movimiento por el poder negro emprendieron lo que se convertiría en un largo camino para definir la violencia racial y el racismo como terrorismo racial y como violación sistemática de los derechos humanos. Bryan Stevenson, de *Equal Justice Initiative* (EJI), una organización sin ánimo de lucro fundada en 1989 que defiende los derechos de los condenados a muerte y de los acusados injustamente o condenados a penas excesivas, incluidos los niños, retomó esta idea. La EJI y Stevenson comprendieron que su proyecto jurídico solo podría llegar hasta cierto punto sin un cambio de conciencia más amplio sobre los legados que ha producido la brutalidad racial en el mantenimiento del orden, la justicia penal y el encarcelamiento masivo de afroamericanos en la actualidad. La narrativa dominante en Estados Unidos –que la esclavitud era un mal del pasado, que los monumentos confederados no son más que parte del patrimonio, que el movimiento por los derechos civiles marcó el comienzo de la igualdad jurídica para todos, que un presidente afroamericano presagiaba un momento en gran medida post-racial, y que la violencia extremista blanca actual es obra de individuos alienados– necesitaba una contra-narrativa significativa y contundente. Para el EJI, la contra-narrativa de su museo y de sus materiales

educativos públicos debía centrarse en la profunda violencia de la supremacía blanca y sus legados.

El *Legacy Museum* constituye un relato autorizado de siglos de violencia racial como terrorismo, que va desde la esclavitud, pasando por la centralidad de los linchamientos y el éxodo masivo de afroamericanos que huían del terror en el sur de Estados Unidos, hasta la discriminación legal sistemática tanto en el sur de Estados Unidos como a nivel nacional, y los actuales legados y realidades del racismo del siglo XXI, incluido el encarcelamiento masivo. El mensaje fundamental del Museo: el terrorismo racial ha estado en el centro de la historia de Estados Unidos. La supremacía blanca se incorporó a la fundación de la nación y ha permitido siglos de resistencia blanca al cambio racial que persigue a las principales instituciones y la estructura social del país, desde el sistema educativo, a la vivienda y el bienestar humano, el acceso y las oportunidades económicas, y la justicia penal. Esto debe cambiar.

Se calcula que actualmente visitan el *Legacy Museum* unas 500.000 personas al año, y se espera que las cifras tras la pandemia aumenten, a pesar de que Montgomery, Alabama, nunca ha sido tradicionalmente un lugar turístico nacional de gran importancia. Los visitantes suelen describir su viaje a Montgomery como una “peregrinación”, un viaje para enfrentarse a las atrocidades racistas del pasado en relación con el aquí y el ahora, para ciudadanos de todas las razas. He visitado varias veces el *Legacy Museum*, construido en el emplazamiento de un antiguo almacén donde se “guardaba” a las personas esclavizadas antes de venderlas. Visito el Museo porque me interesa saber cómo procesan los blancos la historia de su resistencia a la igualdad racial. Quiero saber qué les ocurre a los visitantes, qué “se les queda” después de la visita, ¿qué se escucha, cómo se siente, se procesa, se retiene, se transporta y quizás incluso se moviliza? El *Legacy Museum* es bastante interactivo y no permite hacer fotos en su interior. Los diseñadores han desarrollado formas de promover un compromiso profundo con los propios espacios, de formas que pueden resultar incómodas.

En mi trabajo, exploro constantemente aquello que evoca empatía, incluida la forma en que los visitantes se sitúan en las exposiciones. Trabajo con el concepto de inquietud empática, que no se refiere tanto a imaginarme a mí misma como otra persona, sobre todo cuando pienso en mí como mujer blanca en relación con una persona de color, ya que reconozco que no puedo saber lo que ha sido y es vivir tanto tiempo y tan profundamente con el racismo, la discriminación y la violencia a causa del color de piel. Pero puedo intentar comprender, educarme y sentirme removida e inquie-

ta por las historias y los recuerdos de la violencia racista, así como por las injusticias racistas actuales. Los museos de la memoria pueden hacer esto, pueden rastrear cómo las culturas políticas, así como las instituciones jurídicas del pasado siguen impregnando el presente, y como incluso con cambios en la ley, la violencia del racismo persiste.

HACIA UNA NARRATIVA AMPLIADA DEL MMDH A 50 AÑOS

¿Cuáles son las responsabilidades de los visitantes cuando entramos en los espacios de la memoria?, ¿de qué manera puede la memoria invitar a la conversación por sobre las diferencias políticas, sociales y culturales, y abrir la posibilidad de la solidaridad? La representación de la memoria debe conceptualizarse como un proceso social, una construcción social con todas sus batallas dispares y dialécticas sobre qué recuerdos, qué período de tiempo, quién debe ser descrito como qué, qué objetos, con qué fines, reconociendo al mismo tiempo que el consenso es muy poco probable y quizás incluso indeseable.

Quizás ha llegado el momento de cambiar la narrativa del MMDH, de ampliarla, de proporcionar más contexto de antes de 1973 y de después de 1990. Después de todo, la derecha chilena suele atacar al Museo por no incorporar “contexto”. ¿Qué aspecto podría tener este contexto, para curar una exposición que relate la historia de la democracia chilena durante los agitados años sesenta, seguida por el volátil y polarizado gobierno democrático de 1970-1973, truncado por el explosivo ataque militar al Palacio Presidencial?, ¿podría incluir también el contexto de la Guerra Fría, como ha hecho la Ex-ESMA, y las contribuciones documentadas de Estados Unidos a la desestabilización de la democracia chilena, así como el apoyo tácito estadounidense durante los primeros y más brutales años de la dictadura? Como ha argumentado Elizabeth Jelin, la memorialización pública no se trata de “la memoria contra el olvido o el silencio, sino entre memorias opuestas, cada una de ellas con sus propios silencios y vacíos” (Jelin, 2005, p. 140). Para Chile, esto involucra centralmente divisiones de memoria sobre lo que llevó al golpe de Estado militar de 1973, tanto de las condiciones como de los instigadores.

Por otra parte, la narrativa del museo podría acercarse más al presente, incorporando las cuestiones actuales de derechos humanos, tanto relacionadas con derechos sociales como civiles y políticos, reconociendo, como hace Daniela Aburto en sus visitas mediadas, que la democracia es un pro-

ceso que no se restableció simplemente en 1990. La continua movilización sobre cómo reemplazar la Constitución de 1980 de la dictadura es prueba de ello. Además, las consecuencias sociales del giro neoliberal son evidentes en Chile, al igual que en el resto del mundo. Está bien demostrado que quienes más sufren son los trabajadores pobres, así como las personas de piel más oscura, incluidos los inmigrantes recientes y no tan recientes, y los indígenas. El Museo podría convertir lo que han sido numerosos foros, talleres, películas y exposiciones temporales patrocinados por el MMDH que abordan el período anterior a 1973 y el posterior a 1990 en un elemento de la exposición permanente.

Como institución reconocida, el MMDH goza de un grado de protección que antes no tenía. Esto permite una posibilidad de contribuir creativamente a las tan necesarias conversaciones nacionales sobre el pasado y sus secuelas. No obstante, la institucionalización también suele conllevar la evitación de riesgos y, como instituciones, los museos pueden ser notoriamente lentos al cambio. Los momentos políticos nacionales frágiles o polarizados agravan la resistencia al cambio. El Museo ha llegado a esperar ataques y amenazas de los medios de comunicación, principalmente de la derecha.

Yo diría que los diversos memoriales, museos y movimientos que han participado de ellos en las Américas pueden elaborar pasados que siguen atormentando y conectar a personas a veces muy diferentes a través del reconocimiento compartido y de la imaginación. El reconocimiento, entendido como un acto consciente de ver y escuchar, puede abrir conversaciones, hacer presente el pasado y explorar cuestiones políticas como el porqué de los hechos y lo que podría o debería haber sido, de forma que invite potencialmente a la conexión, la acción y a una posibilidad menos violenta y menos injusta, incluso a algo de amor, de cara al futuro.

REFERENCIAS

- Collins, C. (2010). *Post-Transitional Justice: Human Rights Trials in Chile and El Salvador*. The Pennsylvania State University Press.
- Collins, C., Hite, K. y Joignant, A. (2013). *Las políticas de memoria en Chile: Desde Pinochet a Bachelet*. Ediciones Universidad Diego Portales.
- Crenzel, E. (2014). *La historia política del Nunca Más: La memoria de las desapariciones en Argentina* (2ª ed.). Siglo XXI.
- Drake, P. y Jaksic, I. (eds.). (1999). *El modelo chileno: democracia y desarrollo en los años noventa*. Lom.

- Feld, C. and Franco, M. (eds.). (2015). *Democracia, hora cero: Actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura*. Fondo de Cultura Económica.
- Franco, M. y Feld, C. (eds.). (2022). *ESMA: Represión y poder en el centro clandestino de detención más emblemático de la última dictadura argentina*. Fondo de Cultura Económica.
- Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. (2019). *Estudio de públicos 2018*. chrome-extension://efaidnbnmnnibpcajpcglclefindmkaj/https://web.museodelamemoria.cl/wp-content/files_mf/1563379623EstudiodePublicos2018_PDF.pdf
- Hamber, B., Ševčenko, L., & Naidu, E. (2010). Utopian Dreams or Practical Possibilities? The Challenges of Evaluating the Impact of Memorialization in Societies in Transition. *International Journal of Transitional Justice* 4(3), 397-420.
- Heiss, C. (2015). Representación participativa para un proceso constituyente democrático. En C. Fuentes y A. Joignant (eds.), *La solución constitucional* (pp. 223-235). Catalonia.
- Heiss, C. (2020). ¿Por qué necesitamos una nueva constitución? Aguilar.
- Hite, K. (2016). Pedagogía crítica, perturbación empática, y la política de los encuentros en los espacios de memoria en Chile. *Signos*: <https://web.museodelamemoria.cl/publicaciones/katherine-hite-signos-de-la-memoria/>.
- Hite, K. (2000). *When the Romance Ended: Leaders of the Chilean Left, 1968-1998*. Columbia University Press.
- Hite, K. & Badilla, M. (2019). Memorializing in Movement: Chilean Sites of Memory as Spaces of Activism and Imagination. *A contra corriente* 16(3) (Spring), 1-16.
- Hite, K. & Morlino, L. (2004). Problematizing the Links between Authoritarianism and 'Good' Democracy. In K. Hite, & P. Cesarini, *Authoritarian Legacies and Democracy in Latin America and Southern Europe* (pp. 25-83). University of Notre Dame Press.
- Jelin, E. (2007). Public Memorialization in Perspective: Truth, Justice and Memory of Past Repression in the Southern Cone of South America. *The International Journal of Transitional Justice* 1(1), 138-156. doi:10.1093/ijtj/ijm006
- Konbluh, P. (2003). *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability*. The New Press.
- Kornbluh, P. & Hite, K. (2010). Chile's Turning Point. *The Nation Magazine*. January 17. <https://www.thenation.com/article/archive/chiles-turning-point/>
- Lira, E. y Loveman, B. (1999). Derechos humanos en la transición 'Modelo': Chile 1988-1999. In Drake and Jaksic (eds.), *El modelo chileno: democracia y desarrollo en los noventa* (pp. 339-374). Lom.
- Levey, C. (2016). *Fragile Memory, Shifting Impunity: Commemoration and Contestation in Argentina and Uruguay*. Peter Lang.
- Memoria Viva (20 de marzo de 2023). Esther Cabrera. <https://memoriaviva.com/nuevaweb/ejecutados-politicos/ejecutados-politicos-c/cabrera-hinojosa-esther-angelica/>.

- Menéndez-Carrión, A. & Joignant, A. (eds.). (1999). *La caja de Pandora: el retorno de la transición chilena*. Planeta; Ariel.
- Pérotin-Dumon, A. (2005). El pasado en Chile en el año del Informe sobre la Tortura. Apuntes de una historiadora. *Open Edition Journals: Mundo Nuevo*. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.954>
- Museo Sitio de Memoria ESMA (2019). *Memoria anual 2019*. <http://www.museositioesma.gob.ar/en/the-museum/annual-memories/>
- Opotow, S. (2015). Historicizing Injustice: The Museum of Memory and Human Rights, Santiago, Chile. *Journal of Social Issues* 71(2): 229–243.
- Roberts, K. (1999). *Deepening Democracy? The Modern Left and Social Movements in Chile and Peru*. Stanford University Press.
- Siavelis, P. (2000). *The President and Congress in Postauthoritarian Chile: Institutional Constraints to Democratic Consolidation*. The Pennsylvania State University Press.
- Sodaro, A. (2018). *Exhibiting Atrocity: Memorial Museums and the Politics of Past Violence*. Rutgers University Press.
- Wilde, A. (1999). Irruptions of Memory: Expressive Politics in Chile's Transition to Democracy, *Journal of Latin American Studies* 31(2), 473-500. <https://doi.org/10.1017/S0022216X99005349>